

Los “ismos” en México durante la Segunda Guerra Mundial 1939-1942

Gustavo
Peña
CEPE-UNAM

México en 1939 tenía 19 millones de habitantes repartidos en el campo y las ciudades del interior de la República, con todo, la ciudad de México era el centro inequívoco de la vida nacional. El presidente Lázaro Cárdenas dominaba la situación política a través del control de los diversos sectores productivos controlados por uniones, sindicatos, centrales obreras y campesinas, que escudados en una política nacionalista no se identificaron plenamente con ninguna de las ideologías imperantes en el escenario internacional, sino sólo con los postulados revolucionarios de 1910.

La presidencia de la República por vez primera tenía el control de la totalidad del país como lo señalan Josefina Z. Vázquez y Lorenzo Meyer:

Cárdenas logró la lealtad del ejército y del PNR, con la creación de una nueva gran Central obrera ligada al mandatario (La Confederación de Trabajadores de México) y con la puesta en marcha de un proyecto de organización campesina que encuadraba a todos los beneficiados por la Reforma Agraria, Cárdenas se convirtió en el presidente con mayor poder en la historia de México.¹

El combate que entabló el presidente contra la corrupción y los elementos fieles al expresidente Calles, le valió que un grupo de militares, políticos y empresarios —hechos a la sombra de negocios turbios— trataran de influir en lo que sería la próxima selección del candidato a la presidencia para el periodo 1940-1946. Así lo describe José Agustín:

El rechazo a Cárdenas reforzó a dos caudillos militares: a Joaquín Amaro (radical de derecha) y al moderado Juan Andrew Alamazán, exhuertista, “hombre de negocios” de “mando de tropa”, quien en 1940 constituyó el Partido Revolucionario de Unificación Nacional (PRUN). Amaro no se

¹ Josefina Zoraida Vázquez y Lorenzo Meyer, *México frente a Estados Unidos: un ensayo histórico, 1776-2000*, p. 170.

- 2 José Agustín, *Tragicomedia Mexicana 1. La vida en México 1940-1970*, p. 7.

quedó atrás y armó la Federación de Agrupaciones Revolucionarias Opositoras (FARO). Ambos se proponían “restablecer la confianza de los inversionistas y rectificar los errores cometidos”.²

El general Francisco Mújica, viejo caudillo revolucionario y compañero de armas del general Cárdenas, en ese año era secretario de comunicaciones. Él representaba la continuidad y la ampliación de las reformas revolucionarias. Al ser la opción de la izquierda los trabajadores se sentían atraídos por esta figura, pero se sabía que si era apoyado por el gobierno, la derecha se manifestaría en su contra.

Para entonces la derecha nacionalista —encabezada por Manuel Gómez Morín— también se preparaba, si bien no tenía gran fuerza entre los votantes, pronto fundó el Partido de Acción Nacional. Éste no presentó candidato sino que se unió a las fuerzas de Juan Andrew Almazán.

Mientras tanto, las democracias parecían desintegrarse en Europa con los fascismos: la quinta columna de los fanáticos simpatizantes del anticomunismo se inclinaban por Franco o Hitler. México no se quedó atrás, no era extraño ver la conformación de grupos, partidos o movimientos que invocaban estas nuevas ideologías. Algunos de los cuales nacieron nacionalistas, otros conservadores o racistas. Todos éstos pretendían imponer tanto un golpe de Estado como una revolución en nombre de Dios. Así surgieron nuevos caudillos y guías que prometían una nueva vida y daban esperanza a los desfavorecidos de los regímenes imperantes.

Los campesinos pronto fueron víctimas de la nueva conformación de su sector, pues fueron englobados dentro de la Confederación Nacional Campesina. Pronto el partido oficial logró desintegrar el poder de algunos políticos regionales, permitiendo una mayor participación política del campesino mexicano, que aún analfabeto y pobre en comparación del obrero industrial, pudo formar parte del nuevo sistema económico cardenista.

Un nuevo movimiento social se había iniciado en 1938 a raíz del fracaso de la política agraria y del reparto de tierra: la Unión Nacional Sinarquista. Jean Meyer la define de la siguiente manera:

La UNS se presenta como un movimiento (no como un partido) nacional, de unión (y no de división), de salvación que quiere salvar a la Patria de la Revolución, de los bolcheviques, de los “gringos” del norte, de los masones, de los protestantes y de los judíos (de estos últimos, que no despiertan ningún interés en el campo, se habla muy poco); su yancofobia va unida a un irredentismo moderado (los territorios perdidos son California y todo el suroeste de Estados Unidos). El movimiento apela al sentimiento religioso popular, traumatizado exacerbado por el conflicto entre la Iglesia y el Estado (1926-1929, 1931, 1934-1938). Se salvará a México por la fe católica, las tradiciones hispánicas, la familia, el pueblo en que se vive, el orden político cristiano, la economía del bien común. Se exalta el valor, el ascetismo, el sacrificio, y se hace un llamamiento a la virilidad y a la disciplina.³

3 Jean Meyer, *El Sinarquismo, el cardenismo y la Iglesia. 1937-1947*, p. 47.

4 *Ibidem*, p. 50.

Este movimiento, tiene una gran influencia de la Falange Española y en el fascismo italiano, estas legiones europeas soñaban con la instauración de un orden social cristiano, en ese sentido, se basaron en la encíclica *Rerum Novarum*, para llegar a implantar una justicia social. Este movimiento sinarquista nació en Guadalajara y pasó a la ciudad de México y a otras regiones del centro del país.

La política antirreligiosa de los gobiernos mexicanos de 1926 a 1938 provocó malestar entre el campesinado y la clase obrera. Al constituirse un nuevo acuerdo que incluía a los católicos descontentos con las reformas del Estado, nace el sinarquismo como señala Jean Meyer:

El 23 de mayo de 1937 se funda oficialmente la Unión Nacional Sinarquista, y eclipsará a todos los demás movimiento de masas sobre el que podrá apoyarse un programa religioso-social para el bien de México. El 12 de junio lanza su primer manifiesto: patria, justicia, libertad. El presidente es José Trueba y el vicepresidente Manuel Zermeno.⁴

Las acciones de esta nueva agrupación no tardaron en manifestarse: iniciaron un ataque en contra del gobernador de Tabasco, —conocido por su feroz anticlericalismo— e intentaron ocupar, por vía violenta, la capital del Estado. El gobernador ordenó dispararles y así contribuyó a que se agravaran las consecuencias al producirse varios muertos. Ante ello, la intervención

⁵ Jean Meyer, *op. cit.*, p. 50.

⁶ *Ibidem*, p. 52.

del presidente Cárdenas se hizo imperativa, ya que el mandatario ordenó al gobernador suspender la ley anticlerical y restablecer los cultos en el Estado.

Pronto el movimiento sinarquista se extendió al campo e inquietó a las autoridades locales, quienes emplearon la violencia en contra de ellos para contenerlos. En la ciudad de Celaya, se reprimió una manifestación y hubo varios muertos, en cuyos funerales se suscitó otro encuentro violento, pero esta vez, el presidente se trasladó a esta ciudad y reconoció las intenciones del movimiento sinarquista, declaró: "El Sinarquismo es una doctrina social humana"⁵ y prometió castigar a los culpables.

El presidente Cárdenas consideró que era mejor tratar con la Unión Nacional Sinarquista, conocer bien a sus dirigentes y tratar de encamirla a la lucha política, en vez de atacarla y, así, evitar otro movimiento armado que atrasara los logros obtenidos por su gobierno en seis años. Así lo analiza Meyer:

El Presidente ha tomado la medida al movimiento y lo trata desde entonces muy en serio. Para empezar, ofrece a su jefe, Manuel Zermeño, el puesto de director del Departamento Agrario, al decir, el control sociopolítico de la Reforma Agraria, el gran político que es Cárdenas ha captado inmediatamente el aspecto agrario del movimiento. Zermeño rehúsa, pero proclama: La Unión Nacional Sinarquista se opone a todo acto o programa cuya legitimidad no esté registrada por las normas jurídicas. Los Sinarquistas somos respetuosos del gobierno constituido y obedientes a los justos mandatos de las autoridades; nuestra acción cívica jamás ha desbordado los causes del derecho.⁶

El control de esta organización se hizo tangible desde el gobierno, no obstante su nombre fue utilizado tanto por la izquierda como por la derecha para relacionarlo con las potencias del eje. Incluso algunos intelectuales como Vasconcelos pretendieron ver en ellos el inicio de una revolución como lo cita Meyer:

Veo que están ustedes bien orientados y resueltos [...] pero ya sobran mártires y es necesario organizar ahora falanges que sepan vencer. Lo que importa es que la or-

ganización en progreso se deje de ideas y prepare obras, pues basta ya de ensuciar palabras que no cristalicen en hechos.⁷

⁷ *Ibidem*, p. 50.

⁸ *Ibidem*, p. 9.

⁹ J. Daniels, *Embajador de Mangas en Camisa*, p. 97.

Se ha tratado de comprobar el vínculo entre la España franquista y la Unión Nacional Sinarquista, no obstante, no se ha podido encontrar ninguna prueba que nos confirmen esta idea, tal y como lo confirma Mayer:

Sabemos ahora que el sinarquismo nunca fue el títere del gran capital, mucho menos del imperialismo estadounidense, nazi o japonés, sabemos también que su dimensión religiosa es indispensable para entender ese movimiento de masas y su extraño truncamiento cuando parecía encontrarse en una etapa de irresistible dinamismo.⁸

La derecha mexicana encontró cierta simpatía con España y Alemania pero no con Estados Unidos por su política imperialista. El mismo embajador norteamericano comentó al respecto: “El periódico *A.B.C.* de Madrid, publicó una fotografía de Almazán con la siguiente inscripción: el futuro Presidente de México es amigo del Caudillo”. El mismo diario declaró: “Almazán principiará la reconstrucción de México siguiendo los mismos lineamientos del General Franco para redimir al país.”⁹

Muchos españoles que encontraron refugio en México —gracias a la política del presidente Cárdenas— ayudaron a evitar que la opinión de la clase media, se sintiera atraída por falanges españolas. Mientras tanto, el Partido Comunista Mexicano había perdido prestigio a partir de su vinculación con Alemania y la Unión Soviética, lo cual propició una fractura en este partido y la aparición de dos grupos: troskistas y stanlinistas, lo que hizo que ya no fuera el mismo al de los años veinte y que su peso político se aminorara.

En 1940, México era otra nación diferente a la de los conflictivos años veinte y se preparaba para un cambio radical sustentado en la paz y el crecimiento económico y político, tal y como señala Lorenzo Meyer:

La revolución que había asolado todo el territorio y el combate sangriento había provocado la ruina económica. Los grandes propietarios habían desaparecido, pero no los grandes comerciantes, los banqueros y los industriales, como

10 Lorenzo Meyer, *México y el Mundo: Historia de sus relaciones exteriores*, tomo VI, p. 41.

11 *Ibidem*, p. 42.

12 Ricardo Pérez Monfort, "La Quinta Columna y el Buen Vecino. (Lázaro Cárdenas, la prensa norteamericana y los nazis)", en *Alemanes en México, Siglo XX*, p. 125.

A esta categoría se añaden los nuevos ricos, los logreros de la revolución, generales, políticos y funcionarios que constituyen una clase poderosa, agresiva, unida por la solidaridad y los intereses, y que se mezclan con el gobierno por dominarlo. A esto hay que agregar la corrupción de las ideologías y de los hombres: el lenguaje revolucionario pierde sentido y fuerza, se le conserva únicamente porque es más fácil seguir gobernando si se le utiliza.¹⁰

El país cambió, las ideologías también se transformaron, como señala el mismo autor antes citado:

la ideología siempre ha sido ecléctica, por no decir elástica, pero las consignas descienden a la categoría de *slogans* y de *clichés*, y los enemigos de antaño, la Iglesia, el ejército, y el capital, no lo son ya; así como los Estados Unidos que se han convertido en el fiador de la continuidad revolucionaria.¹¹

En 1939, mientras que en Europa se iniciaba la guerra, México se enfrentaba a una situación crítica de inflación y carestía. La agitación política que implicaba la sucesión presidencial, después del penúltimo informe presidencial, agravó la situación. La prensa internacional inició una serie de ataques para forzar al gobierno mexicano a declarar su neutralidad, tal y como lo había hecho Estados Unidos frente al conflicto internacional. Así lo señala Ricardo Pérez Monfort:

En un artículo editado en los Estados Unidos se afirmaba que el país había demostrado ser abiertamente pro alemán y pro comunista, que México está infectado de agentes alemanes, comunistas, japoneses y españoles, y que existía toda una organización anti judía lista para entrar en acción cuando fuera necesario.¹²

El presidente Cárdenas sometió a consideración del embajador de Estados Unidos esta campaña de la prensa norteamericana, que ya empezaba a minar las relaciones entre ambas naciones, pues las compañías petroleras pretendían demostrar que el presidente Roosevelt y su embajador Daniels apoyaban la creación de un Estado comunista en México. Al interior del partido oficial se desarrollaban dos tendencias: la ya mencionada del general Mújica, apoyada por el ala de la izquierda y la del

general Manuel Ávila Camacho (secretario de guerra y marina), quién había logrado ubicarse en el “centro” y resultaba un elemento neutro que podía unificar la gran diversidad de intereses que hervían dentro del PRM, con lo que la derecha cobraba más fuerza.

Como afirma José Agustín, el presidente tuvo que tomar una decisión: “el Presidente tuvo que elegir sucesor, pues entre sus reformas al sistema no se incluía la voluntad de democratización sino más bien la consolidación de los poderes impresionantes de la Presidencia”.¹³

Cárdenas utilizó todo el poder de su investidura para favorecer a su candidato, con lo que logró el apoyo de la poderosa organización obrera CTM y de su líder Vicente Lombardo Toledano de la Confederación Nacional Campesina (CNC); ambas organizaciones se sometieron a los deseos del presidente y aplaudieron la candidatura del general Ávila Camacho para la presidencia de la República. Cárdenas ordenó prácticas con el ejército y la compra de rifles y municiones en espera de cualquier insurrección. El gobierno de Estados Unidos mantuvo una imparcialidad sospechosa, pues por vez primera no favoreció a ningún candidato.

El problema petrolero seguía aún vigente, el gobierno mexicano continuó ofreciendo su buena voluntad para entrar en negociaciones con las compañías petroleras que continuaron su posición intransigente, al grado que el embajador Daniels, recomendó lo siguiente a su gobierno:

La política del Buen Vecino está en peligro —le aseguró— si se prolonga la controversia petrolera, los mexicanos pensarán que si se les presiona es una forma equivalente a la intervención. A menos que de que [*sic*] ahora se arregle ese asunto (y si esperamos que las compañías petroleras accedan a conferenciar o se prolongará indefinidamente), México y toda la América Latina perderá la fe en la política del Buen Vecino. Hemos perdido mucho terreno ya, por las demoras, debemos aclarar ahora mismo.¹⁴

Al mismo tiempo el embajador denunció el apoyo que las compañías petroleras proporcionaban a los candidatos opositores al gobierno que prometían dar marcha atrás a la expropiación:

¹³ José Agustín, *op. cit.*, p. 7.

¹⁴ Josephus Daniels, *op. cit.*, p. 331.

¹⁵ *Ibidem*, p. 240.

¹⁶ *Ibidem*, p. 98.

¹⁷ José Zorrilla, *Historia de las Relaciones entre México y los Estados Unidos de América, 1800-1958*, tomo II, p. 483.

¹⁸ José Agustín, *op. cit.*, p. 15.

Las fuerzas en las elecciones entre Ávila Camacho y el General Almazán se efectúan en campañas decisivas entre quienes deseaban que no fuese interrumpida la política de Cárdenas ni el cumplimiento de las promesas que encerraba el plan sexenal y quienes querían se volviera al viejo orden.¹⁵

Las elecciones fueron difíciles, por vez primera las votaciones fueron observadas por los votantes y cuidadas por la oposición, hubo descontento y manifestaciones violentas por parte de la oposición, éstas no fueron muy limpias. Así lo narra el embajador de Estados Unidos: “El domingo 7 de julio de 1940, día de las elecciones, teníamos informes de que ocurrían fuertes luchas entre los partidarios de los candidatos. Hasta la Embajada llegaban los tronidos de las explosiones que parecían bombas”.¹⁶

Bajo algunas sospechas, el resultado favoreció al general Ávila Camacho, tal y como lo señala José Zorrilla: “El recuento oficial en las elecciones de 1940 dio 2.176.641 votos al General Manuel Ávila Camacho contra 151,101 de su adversario”.¹⁷

Parecía que la oposición no aceptaría los resultados; el general Almazán se trasladó a la Habana, y desde esta capital declaró que en diciembre asumiría el cargo de presidente de la República. El objetivo de su viaje lo deja en claro José Agustín:

Quería entrevistarse con Cordell Hull Secretario de Estado norteamericano, que participaba en la Conferencia de la Habana. Para empezar, Hull no quiso recibir a Almazán. Después le negó una visa con nombre supuesto y, por último, el gobierno estadounidense reveló al de Cárdenas detalles de los planes militares de Almazán.¹⁸

No obstante, los simpatizantes de Almazán pretendieron seguirle apoyando en Estados Unidos, para ello, el general se trasladó a la ciudad tejana de San Antonio con la esperanza de reiniciar una nueva revolución, “regeneradora”, que devolviera los bienes expropiados a sus dueños. Su lucha se había perdido, y con ella la de la derecha.

Internamente los generales revolucionarios aceptaron los resultados, conocedores del poder que la presidencia de la República había logrado acumular durante el periodo del presidente Cárdenas. El gobierno de Esta-

dos Unidos aceptó los resultados de acuerdo a su política de respeto a su Buen Vecino. Así lo afirmó el embajador Daniels:

El General Ávila Camacho fue escogido por la mayoría de los votantes; tiene la cooperación del Pueblo y cooperará con los Estados Unidos. Los Mexicanos quieren la paz por experiencia conocen la destrucción que acarrea un movimiento armado y están de acuerdo —la gran mayoría de ellos— en la sabiduría del refrán español “Es mejor un mal Presidente que una buena Revolución”.¹⁹

Sorpresivamente el gobierno de Estados Unidos, consintió en enviar al vicepresidente Henry Wallace a la investidura del nuevo mandatario mexicano, asunto no pensado hasta ese momento y que ayudó a fortalecer la maltrecha legitimidad de la transmisión de poderes.

Estados Unidos, a través de la labor diplomática del embajador Daniels logró mejorar la imagen de su política exterior con México, demostrando con ello el respeto que se daba al gobierno mexicano y a sus decisiones internas. Así lo afirma José Zorrilla:

La Alemania de Hitler, atropellando a los países débiles y la política de conciliación y comprensión practicada por Roosevelt, provocaron el cambio de actitud en el pueblo hacia los Estados Unidos por primera vez en la historia, pues si muchas veces antes las autoridades trabajaron y colaboraron en estrecho contacto con los de Washington la población se mostró ajena o resentida; la propaganda hizo efecto.²⁰

El nuevo mandatario mexicano tenía la responsabilidad de equilibrar las fuerzas políticas internas, para ello, debió de considerar las fuerzas de oposición a su partido, así como la correlación de fuerzas externas. Así lo asienta Enrique Krauze:

Algunos buscaban orientar el proceso hacia el socialismo. Otros pretendían revertirlo, o al menos introducir en él ciertas rectificaciones de fondo. Una minoría defendía la necesidad de volver al ideal de Madero, la libertad y la democracia como fuentes de legitimidad. Otros en fin, como el general Cárdenas pensaba que la profundización era idealmente deseable pero prácticamente imposible: ha-

¹⁹ Josephus Daniels, *op. cit.*, p. 105.

²⁰ José Zorrilla, *op. cit.*, p. 486.

²¹ Enrique Krauze, *La Presidencia Imperial: Ascenso y caída del sistema político mexicano (1940-1996)*, p. 29.

²² *Ibidem*, p. 33.

²³ J. Daniels, *op. cit.*, p. 93.

bía que detener el ritmo del proceso y quizá modificar el rumbo. ¿Qué Tanto? ¿Hacia dónde? No era a él a quien correspondía esa responsabilidad.²¹

Las clases intelectuales y la clase media necesitaban una referencia de seguridad y estabilidad, pues se sentían cada vez más amenazadas por el ascenso al poder de la clase obrera y campesina que a través de sus sindicatos, parecían llevar al país a un socialismo. Krauze cita un comentario de Cosío Villegas:

Mi decepción llegó, no en el periodo de Cárdenas, sino en la sucesión de Cárdenas, cuando me di cuenta de que Cárdenas apoyaba a Ávila Camacho, que era indiscutiblemente de temperamento y de tendencia conservadora, supe que la revolución iba a dar vuelta [...] Cárdenas podía haber inventado a un hombre que hubiera proseguido su obra, no frenado. Pero el giro hacia Ávila Camacho representó un cambio de rumbo.²²

El presidente Cárdenas se alejó del poder como un viejo soldado, que lejos de ambicionar perpetuarse, sólo se retiró y no intentó intervenir de inmediato. El embajador de Estados Unidos le llamó el “cincinato mexicano”:

Cuando expiró su periodo como Presidente de la República, el General Cárdenas se retiró a su rancho, en su estado natal, Michoacán. Al publicar, en 1941, un periódico mexicano, que el General Cárdenas trataba de controlar la política, el propio aludido recordó la medicina que él mismo había aplicado a Calles, por haber tratado [de permanecer] tras el trono: desde su retiro, declaró, a guisa de mentís: “Sabemos ya la forma de tratar a quienes intentan mezclarse en la política después de haber ocupado la Presidencia.”²³

El cambio de rumbo sería gradual no inmediato, para ello el nuevo presidente compuso su gabinete con las corrientes políticas más representativas, tal como nos los señala:

El gabinete de Ávila Camacho era un ejemplo de las negociaciones conciliatorias necesarias para resanar las grietas del sistema. Para satisfacer a la derecha callista ubicó a Ezequiel Padilla en Relaciones Exteriores, quien se ha-

llaba “muy bien relacionado con Estados Unidos”. En la Secretaría de Economía nombró a Javier Gaxiola, que pertenecía al grupo de empresarios políticos del expresidente Abelardo L. Rodríguez. Por su parte, Cárdenas había logrado que varios políticos identificados con sus ideas obtuvieran puestos de importancia, Luis Sánchez Potón quedó en Educación Pública, Ignacio García Téllez obtuvo la flamante Secretaría del Trabajo.²⁴

²⁴ José Agustín, *op. cit.*, p. 20.

²⁵ J. Daniels, *op. cit.*, p. 428.

²⁶ *Ibidem*, p. 430.

La ciudad de México, se convirtió como todas las grandes ciudades del mundo, en escenario de la lucha entre las fuerzas reaccionarias fascistas y las de resistencia democrática. La ideología de la Revolución Mexicana era antagónica a cualquier idea fascista, no obstante algunas fuerzas de la extrema derecha intentaron crear grupos de choque y así retar al nuevo gobierno. De tal manera, durante la ceremonia de posesión del presidente Ávila Camacho, se suscitaron algunos enfrentamientos, incluso los hubo en el edificio de la embajada de Estados Unidos, según lo reportó el embajador:

Durante la visita del Vicepresidente Wallace, se suscitaron algunos motines pero a su llegada [al edificio] actuó la quinta columna, el ataque resultó una completa sorpresa, pero no hizo daño a Wallace ni a la democracia. Wallace se encontraba en el interior del edificio, cuando alguien de entre la multitud empezó a tirar piedras, en vez de confeti que se había empezado a arrojar.²⁵

El acercamiento hacia Estados Unidos, era inevitable y deseable a medida que se acercaba la guerra. Así, cuando el Congreso de la Unión recibió al representante del presidente Roosevelt, se selló una nueva era de cooperación y hasta cierto modo de dependencia. En sus memorias, el embajador narra su emoción de ver su labor diplomática coronada con este nuevo entendimiento: “El Congreso Mexicano se levantó para ovacionar a Wallace cuando éste entró al salón. Sabiendo bien que tal ovación era excepcional, me sentí complacido profundamente, como todos los miembros de la delegación norteamericana.”²⁶

El ambiente pronorteamericano se dejaba ver en el ambiente político. Así lo reportó Betty Kirk del *Washington Post*:

27 Betty Kirk, *Covering The Mexican Front: The Battle of Europe vs America*, p. 256.

28 Enrique Krauze, *op. cit.*, p. 47.

29 José Agustín, *op. cit.*, p.18.

30 *Ibidem*, p. 19.

Al otro día de la toma de posesión del Mandatario mexicano, el Embajador Daniels ofreció un almuerzo en la embajada estadounidense en honor del Presidente Ávila Camacho y del Vicepresidente Wallace, siendo ésta la primera visita del Presidente Ávila Camacho a la Embajada de los Estados Unidos.²⁷

Pronto, al estallar la guerra, el gobierno mexicano se declaró neutral. Para mediados de 1941 demostró que su posición definitiva era contraria a las potencias del eje y favorable a Estados Unidos. Enrique Krauze al respecto afirma:

El líder de la Diputación obrera justificó la necesidad de cooperar con los Estados Unidos; obligados a caminar juntos no sólo por razones geográficas, sino también por razones de gran responsabilidad histórica en bien del hemisferio occidental y en bien de los pueblos de todos los continentes, fue la primera declaración pública oficial.²⁸

La guerra representaba para nuestro país una oportunidad de crecimiento económico, debido a la posición geopolítica del territorio y a las posibilidades de exportar materias primas, por lo que era lógico entrar en negociaciones con Estados Unidos. El momento coyuntural se presentó en 1941, como nos dice José Agustín:

El objetivo de Ávila Camacho consistía en aprovechar al máximo la coyuntura que ofrecía la guerra mundial para industrializar al país. De esta manera no sólo dejaría felices a los empresarios sino que México ya no sería un país atrasado, ni autárquico, ni surtidor de materias primas sin procesar.²⁹

Ante esta perspectiva, como afirma Krauze, la ideología y la posición antirrevolucionaria pasó a segundo término. La ideología se hizo elástica, así lo asienta José Agustín: “Después de tantos titubeos, los empresarios decidieron aprovechar la oportunidad. No tenían como aferrarse a resentimientos ideológicos si el régimen ofrecía tantas buenas condiciones. Atrás quedó la pasión Almazanista o las simpatías por el PAN.³⁰

El hecho de que Estados Unidos entrara en guerra, después del bombardeo japonés de Pearl Harbor (Bahía de las Perlas), precipitó que ambas naciones llegaran a

un principio de solución de los conflictos más urgentes; se liquidaron, por ejemplo, reclamaciones con algunas compañías petroleras expropiadas, hubo entendimiento en la deuda externa, etcétera. México se comprometió a ayudar al esfuerzo de guerra y a su vez, Estados Unidos ofreció a México acceso a créditos, después de haberlo declarado insolvente.

El gobierno de Ávila Camacho no había considerado recurrir de inmediato a solicitar créditos o inversiones extranjeras, debido a que la economía del país, después de las elecciones, tendía a estabilizarse, tal como lo asiente Lorenzo Meyer:

...el superávit comercial obtenido en 1941 y 1942 y por el regreso o llegada de capitales ‘golondrinos’. Buena parte de estos capitales no se habían utilizado productivamente ya por los obstáculos para importar maquinaria y equipo para nuevas empresas ya por el carácter especulativo de algunos de ellos, lo cual aumentó las tendencias inflacionarias.³¹

Si bien existían problemas económicos en México, su gobierno se mostró firme en sus negociaciones con las compañías petroleras. La participación de México en el programa de Solidaridad Continental, se hacía urgente para el naciente esfuerzo de guerra, por lo que el gobierno de Estados Unidos urgió a las compañías petroleras para encontrar con este país una solución a sus reclamos financieros. A partir de junio de 1941, el presidente Roosevelt intensificó la presión política sobre éstas.

Internamente los políticos veían cada vez más cerca la guerra, ante lo cual se esforzaron en detener los reclamos y ataques de los sindicatos, como cita José Agustín:

La proximidad de la guerra tuvo efectos instantáneos en México. Las dos Cámaras trataron de pararle a los pleitos izquierda-derecha y se formó el Comité Parlamentario Antifascista. Vicente Lombardo Toledado organizó mítines antifascistas de apoyo al gobierno en los que atacaba a la gran prensa, al PAN y al Sinarquismo.³²

Los militares mexicanos iniciaron una estrategia defensiva para el territorio nacional, y a partir de septiembre de 1941 el gobierno consideró zona militarizada a toda

31 Blanca Torres, *México y el Mundo: Historia de sus Relaciones Exteriores*, tomo VII., p. 47.

32 José Agustín, *op. cit.*, p. 27.

³³ J. Daniels, *op cit.*, p. 105.

³⁴ Blanca Torres, *op cit.*, p. 27.

la franja de estados con costa en el Océano Pacífico. Para calmar los ánimos de la derecha y de algunos descontentos de izquierda, el presidente Ávila Camacho nombró al general Cárdenas comandante de esa enorme región militarizada.

Después del ataque a la Bahía de las Perlas, el gobierno mexicano definió la línea política que seguiría y que registró en sus memorias el embajador Daniels:

Viniendo de México hace poco tiempo, antes de que el día de la infamia precipitara la guerra, el Presidente Ávila Camacho me rogó transmitir al Presidente Roosevelt las seguridades de que su país estaría al lado del nuestro a favor de las libertades que tanto aman los dos. Estos dos mandatarios ven a través del mismo cristal. Desde entonces, el Presidente Ávila Camacho ha movilizado las fuerzas de mar y tierra, para proteger la costa del pacífico y mantener libre de toda penetración o invasión; comanda esos esfuerzos otro gran patriota y líder mexicano, su antecesor en la presidencia, el General Lázaro Cárdenas, estadista y soldado de comparable valor.³³

México necesitó cubrir sus debilidades militares y evitar, así, que Estados Unidos estableciera bases militares en territorio mexicano. Para ello, recurrió al expresidente Cárdenas. Así lo reseña Blanca Torres:

A Cárdenas le tocó negociar con Jonh L. De Witt, Comandante del Cuarto Ejército norteamericano, un acuerdo de defensa provisional que sería puesto en práctica en ambos lados de la frontera: Cárdenas aprovechó su relativa autonomía para establecer ciertas bases de colaboración que puso límites claros a la participación estadounidense. Todo ello provocó algunos roces con De Witt, pero el alto mando militar norteamericano terminó por entender y aceptar esa posición.³⁴

Para el mes de enero de 1942 se anunció el establecimiento de la Comisión Mexicana-Norteamericana de Defensa Conjunta para definir la forma en que se daría la cooperación militar global. Al mismo tiempo se inició una campaña de propaganda de apoyo a Estados Unidos, patrocinada por las grandes compañías estadounidenses establecidas en México, para ello el gobierno del presidente Roosevelt, comisionó al conocido banquero Nelson

Rockefeller, para establecer una oficina de apoyo y patrocinio de difusión propagandística y así evitar que Alemania, a través de España, continuara influyendo en México.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUSTÍN, José, *Tragicomedia Mexicana 1. La vida en México 1940-1970*. México, Planeta, 1991. (Colección Espejo de México)
- DANIELS, Josephus, *Embajador en Mangas de Camisa*. Raleigh, The University of North Carolina. Pres., 1949.
- KIRK, Betty, *Covering The Mexican Front: The Battle of Europe vs America*. Norman, University of Oklahoma Press, 1942.
- KRAUZE, Enrique, *La Presidencia Imperial: Ascenso y caída del sistema político mexicano (1940-1996)*. México, Tusquets Editores, 1997.
- MEYER, Jean, *El Sinarquismo, el cardenismo y la Iglesia. 1937-1947*. México, Tusquets, Editores, 2003. (Tiempo de Memoria)
- MEYER, Lorenzo, *México y el Mundo: Historia de sus relaciones exteriores*, tomo VI. México, Senado de la República, 1991.
- PÉREZ MONFORT, Ricardo, “La Quinta Columna y el Buen Vecino. (Lázaro Cárdenas, la prensa norteamericana y los nazis)”, en *Alemanes en México, Siglo XX*. México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1982.
- TORRES, Blanca, *México y el Mundo: Historia de sus Relaciones Exteriores*, t. VII. México, S.R.E., 1991.
- VÁZQUEZ, Josefina Zoraida y Lorenzo MEYER, *México fente a Estados Unidos: un ensayo histórico, 1776-2000*. México, FCE, 1994.
- ZORRILLA, José, *Historia de las Relaciones entre México y los Estados Unidos de América, 1800-1958*, tomo II. México, Porrúa, 1982.

